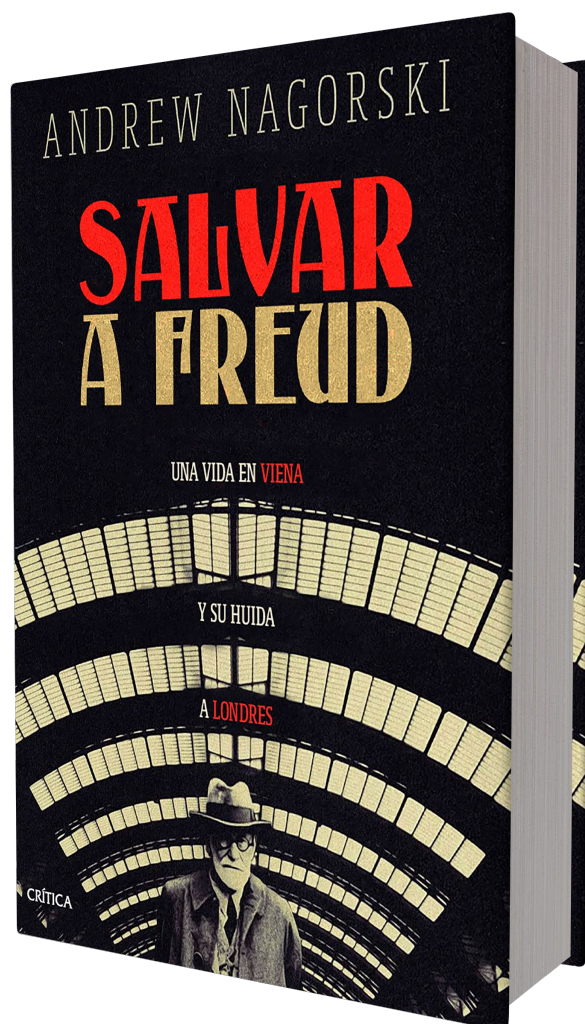


CRÍTICA

ANDREW
NAGORSKI
**SALVAR
A FREUD**

UNA VIDA EN VIENA Y SU
HUIDA A LONDRES



A LA VENTA EL 7 DE FEBRERO

*MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

La dramática huida de última hora de Sigmund Freud a Londres tras la anexión alemana de Austria y el grupo de amigos que la hicieron posible.

En marzo de 1938, los soldados alemanes cruzaron la frontera con Austria y Hitler hizo realidad su deseo de anexionar el país al Tercer Reich. Ante estos acontecimientos, muchos judíos habían hecho preparativos para ponerse a salvo, pero no Sigmund Freud. Con 81 años de edad y enfermo de cáncer, el famoso psicoanalista judío era incapaz de contemplar la posibilidad de abandonar su querida Viena, ajeno al peligro inminente que corría su vida. Pero varias personas prominentes cercanas a él intentaron convencerlo para que emigrara a Londres: el médico galés que llevó el psicoanálisis a Gran Bretaña; la sobrina nieta de Napoleón; un embajador estadounidense; la devota hija menor de Freud, Anna, y su médico personal.

Andrew Nagorski narra la apasionante vida de Freud y cómo su círculo cercano logró salvarlo para que pudiera vivir sus últimos meses en libertad, a la vez que retrata la Europa de primera mitad del siglo XX: la historia de una gran ciudad, de un imperio que se derrumba, de un terror creciente y de un hombre que cambiaría nuestra forma de pensar.



©Andrey Rudakov

ANDREW NAGORSKI es un galardonado periodista y escritor estadounidense. Durante muchos años ha sido corresponsal de la revista Newsweek en Hong Kong, Moscú, Roma, Bonn, Varsovia y Berlín. Entre sus publicaciones se encuentran *Hitlerland* (2012), *Cazadores de nazis* (2017) y *1941: The year Germany lost the war* (2019).

EXTRACTOS DE LA OBRA

«Sigmund Freud, refugiado en su viejo apartamento y consultorio de la calle Berggasse 19, había escrito una concisa nota en su diario nada más comenzar la ocupación alemana: *Finis Austriae* («El fin de Austria»). El fundador del psicoanálisis había vivido en la capital austriaca durante todos los años de su vida salvo los cuatro primeros, y en aquel momento, cuando estaba a punto de cumplir ochenta y dos, se veía inmerso en aquella pesadilla. Al ser judío, estaba automáticamente en peligro; como rostro público indiscutible de lo que la mayoría de los funcionarios nazis tachaban de pseudociencia judía, no había forma de saber lo que los nuevos amos tenían reservado para él.

Freud fue un objetivo de inmediato. El mismo día en que Hitler pronunció su discurso, los matones nazis irrumpieron en la vivienda de Freud y en la Internationaler Psychoanalytischer Verlag, la editorial que publicaba las obras de Freud y sus colegas, situada en la misma calle, en Berggasse 7. En el apartamento, la esposa de Freud, Martha, tuvo el aplomo suficiente para descolocar a las «visitas» ejerciendo el papel de amable anfitriona. Cogió el dinero que tenía a mano y preguntó: «¿No quieren servirse, caballeros?». A continuación, Anna, la benjamina de la pareja, llevó a sus «invitados» a otra habitación, sacó de la caja fuerte los 6.000 chelines que contenía, equivalentes a unos 840 dólares, y les entregó también esta suma.»

«Sufrió un cáncer de mandíbula que había desarrollado como consecuencia de su larga adicción al tabaco y era muy consciente de que se le acababa el tiempo, lo que le llevaba a desear vivir lo que le quedara relativamente en paz, sin los trastornos que conlleva instalarse en otro lugar. Sin embargo, la combinación de la vejez y la enfermedad no era lo único que lo retenía. Freud sentía un profundo apego por Viena, que había sido un importante centro de la vida cultural, y judía, en Europa durante siglos.»

«**Estos salvadores conformaban una mezcla imposible de personalidades variopintas con orígenes y nacionalidades muy diversos.** Lo que tenían en común era su devoción por Freud y sus teorías, y, en el tenso periodo final, su determinación, por encima de todo, de vencer la reticencia de Sigmund a abandonar Viena. Luego, cuando por fin se plegó a la necesidad de hacerlo, se ocuparon de realizar las frenéticas gestiones para convencer a las autoridades nazis de que le dejaran marchar. Y, en un momento en el que a los emigrantes judíos les resultaba cada vez más difícil encontrar un país que los aceptara, se encargaron de convencer al Gobierno británico para que acogiera a Freud y su gran séquito, un total de dieciséis personas, que incluía a familiares, parientes políticos, su médico y la familia de este. Era una operación compleja sin garantías de éxito que solo saldría bien si **el equipo de rescate** estaba a la altura de las circunstancias. Los miembros principales de este equipo eran:

ERNEST JONES, un médico galés que conoció a Freud en 1908 y aprendió alemán para estudiar sus obras. Jones se convirtió en su más ferviente discípulo en el mundo anglo-parlante. Fue presidente de la Asociación Psicoanalítica Británica y de la Asociación Psicoanalítica Internacional, que divulgaba las ideas freudianas. Desempeñaría un papel clave a la hora de convencer tanto a Freud para que abandonara Viena como al Gobierno británico para que permitiera que entrara con su grupo.

ANNA FREUD tenía cinco hermanos mayores, pero fue la que mantuvo una relación personal y profesional más estrecha con su padre, al que cuidó hasta el final de su vida. Durante la mayor parte de ese tiempo, mantuvo lo que llamó una «preciada relación» con Dorothy Tiffany Burlingham, la nieta estadounidense de Charles Tiffany, el fundador de Tiffany & Co. Anna llegó a ser una eminente psicoanalista infantil que aplicaba las teorías de su padre cuando trataba a sus jóvenes pacientes.

WILLIAM BULLITT, el embajador de Estados Unidos en Francia y antes en la Unión Soviética, fue paciente de Freud en 1926, cuando su matrimonio se estaba desmoronando y posiblemente se planteó suicidarse. Las sesiones no salvaron su matrimonio, pero le ayudaron a afrontar la depresión y dieron pie a una inesperada colaboración entre ambos hombres: la biografía de un estadista al que los dos despreciaban, el presidente Woodrow Wilson.

MARIE BONAPARTE representaba a la alta sociedad europea. Era sobrina bisnieta de Napoleón y estaba casada con el príncipe Jorge de Grecia y Dinamarca. Aunque mantuvo un largo romance con el primer ministro de Francia, Aristide Briand, comenzó a analizarse con Freud en 1925 para superar su «frigidéz» y pronto se convirtió en analista por derecho propio. Al igual que Jones y Bullitt, Bonaparte era gentil.

MAX SCHUR se había especializado en medicina interna, pero ya en sus tiempos de estudiante había sentido fascinación por Freud y él mismo se había analizado. Durante sus estancias en Viena, Marie Bonaparte era su paciente. Intrigada por este «internista de orientación psicoanalítica», Bonaparte le presentó a Freud, quien lo tomó como su médico en 1929. Schur, que era judío como Freud, estaba mucho más alarmado por la inminente amenaza nazi que su paciente. Aunque había hecho todos los preparativos para que su familia emigrara a Estados Unidos, se quedó en Austria para cuidar a Freud hasta su partida y más tarde se aseguró de que recibiera la atención adecuada en Londres.

ANTON SAUERWALD fue un inesperado miembro del grupo de rescate de Freud. Nadie se habría atrevido a pronosticar que un burócrata nazi, al que se asignó la tarea de supervisar la exacción de los bienes de Freud, desempeñaría un papel decisivo en el último capítulo de su vida en Viena, pero eso fue justamente lo que sucedió. El famoso anciano de Viena tuvo que confiar en todas estas personas, y en otras que les ayudaron, para poder pasar sus últimos quince meses de vida en Londres y cumplir su deseo de «morir en libertad».

Antisemitismo en Viena

«Cuando Freud se encontró cara a cara con el antisemitismo, se negó a dejarse intimidar. Mientras viajaba en tren por Alemania a finales de 1883, abrió una ventana de su compartimento para respirar aire fresco, y varios de los presentes comenzaron a gritarle que la cerrara, como todas las demás. «¡Es un sucio judío!», intervino un pasajero, mientras otro se dirigió directamente a él: «Nosotros, los cristianos, tenemos consideración por los demás, mientras que ustedes harían bien en pensar menos en sí mismos», seguido de toda una retahíla de frases encantadoras. El pasajero también anunció que iba a trepar por los asientos para darle una lección. Freud le habló a Martha del incidente en una carta: «Hace solo un año me habría quedado sin habla por la turbación, pero ahora soy diferente; no me asustó lo más mínimo aquella gente». Retó al pasajero más beligerante a enfrentarse a él. «Yo estaba bastante dispuesto a matarlo, pero él no dio un paso al frente», continuaba Freud.»

«Entre los judíos vieneses que crecieron en la Viena de Lueger había una tendencia común a minimizar la importancia de su antisemitismo. El novelista Stefan Zweig escribió que «su administración se mantuvo impecablemente justa y modélicamente democrática; los judíos, que habían temblado de miedo ante la victoria del partido antisemita, siguieron disfrutando de los mismos derechos y merecían la misma consideración de antes». Lueger seguía tratando con judíos y se cita a menudo que dijo: «Yo decido quién es judío».

«La idea de que Austria nunca iba a aplicar políticas realmente draconianas estaba muy arraigada en la psique de los judíos vieneses de esa generación, la de Freud. Su hijo Martin recordaba vívidamente un incidente que debería haber servido de advertencia. Martin iba caminando con su tía Dolfi, Adolfine, la hermana menor de Sigmund, cuando pasaron junto a un individuo. Según cuenta, se trataba de «un hombre corriente, probablemente un gentil, quien, hasta donde yo sabía, no había reparado en nosotros». Sin embargo, Dolfi agarró del brazo a Martin «aterrorizada» y susurró: «¿Has oído a ese hombre? Me ha llamado sucia judía apestosa y ha dicho que es hora de que nos maten a todos.»»

Psicoanálisis, teorías sobre la sexualidad y Carl Gustav Jung

«Algunos de los trabajos más avanzados en psicología se estaban llevando a cabo en el Burghölzli, el hospital psiquiátrico de la Universidad de Zúrich que dirigía el profesor Eugen Bleuler, un famoso psiquiatra que más tarde introduciría términos novedosos como *esquizofrenia* y *autismo*. Bleuler y, en particular, su joven ayudante Carl Gustav Jung se interesaron pronto por el trabajo y los métodos de Freud. A Jung, hijo de un pastor protestante suizo, le habían atormentado sueños turbadores cuando era niño, por lo que se mostró especialmente receptivo al leer *La interpretación de los sueños*, de Freud. A petición de Bleuler, informó al personal acerca del libro y de los trabajos de Freud sobre la histeria, y pronto incorporó algunas de sus teorías a sus propios escritos sobre la demencia y otros temas.»

«La insistencia de Freud en el sexo le convirtió en un blanco fácil para los ataques personales. Moses Allen Starr, un neurólogo estadounidense que había trabajado brevemente con él en Viena al principio de su carrera, criticó el 4 de abril de 1912 las teorías de Freud ante sus colegas en una reunión de la Sección Neurológica de la Academia de Medicina en Nueva York. Según *The New York Times*, Starr reprobó la idea de que «la vida psicológica de los seres humanos se basa en el impulso sexual» y procedió a describir a Freud como un producto de su entorno, supuestamente sórdido. «Viena no es una ciudad particularmente moral. Freud no era un hombre que viviera en un plano moral especialmente elevado. No era un reprimido. No era un asceta [...]. Su teoría científica es en buena medida el resultado de su entorno y de la peculiar vida que lleva», declaró.»

«Pero Freud tenía opiniones muy firmes sobre lo que él veía como un puritanismo hipócrita y anticuado de Estados Unidos o cualquier otra sociedad. «La moral sexual, tal y como ha sido definida por la sociedad y en su forma más extrema por la estadounidense, me parece despreciable. Soy partidario de una vida sexual infinitamente más libre, aunque yo, por mi parte, haya hecho muy poco uso de esa libertad. Solo en la medida en que me consideré con derecho a ello», afirmaba.»

«Jung le había trasladado a Freud ya desde el comienzo mismo de su relación que él también albergaba dudas acerca de sus teorías sobre la sexualidad humana. Aun así, ambos hombres estaban deseando restar importancia a sus diferencias y se elogiaban mutuamente sus logros. Freud se sentía muy cómodo confiando en su príncipe heredero suizo, cosa que era evidente en sus cartas, que tendían a desviarse de los asuntos profesionales a los temas personales.»

«**Los expertos siguen debatiendo a fecha de hoy si se podría calificar a Jung de antisemita pese a su temprana colaboración con Freud.** Cuando este le preguntó directamente la primera vez que se vieron si era antisemita, Jung respondió: «¡No, no, nada de antisemitismo!». Sin embargo, **Jung simpatizaba con movimientos políticos de extrema derecha.** Durante una visita a Berlín en 1937, vio a Hitler y Mussolini pasar revista a las tropas en un desfile y le impresionó el extravagante dictador italiano, quien, según él, «tenía cierto estilo, cierto aspecto de hombre original con buen gusto en algunos asuntos». La actitud de Jung hacia Hitler era más ambivalente, pero seguía exponiéndolo a la acusación de que simpatizaba con los nazis, algo que él negaba con vehemencia. Durante un viaje a Estados Unidos en 1936, intentó adelantarse a sus detractores haciendo hincapié en que su visión era la de un «suizo neutral».

Primera Guerra Mundial

«En su ensayo de 1915 titulado *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, Freud expresaba su profunda decepción por la escalada de brutalidad de la contienda. Condenaba el «fenómeno casi increíble» de que las «naciones civilizadas» se vuelvan unas contra otras «con odio y aversión». Como señalaba, «esperábamos que las grandes naciones de raza blanca en las que ha recaído el liderazgo del mundo [...] logran descubrir otra

forma de resolver los malentendidos y los conflictos de intereses». En su lugar, la guerra está destruyendo «todos los lazos comunes entre los pueblos combatientes y amenaza con dejar un legado de amargura que imposibilitará el restablecimiento de esos vínculos durante mucho tiempo.»»

«Al comienzo de la época de entreguerras, solo un miembro del círculo íntimo de Sigmund Freud, Ernest Jones, estaba claramente situado para formar parte de su futuro grupo de rescate. A decir verdad, en ese momento ni Jones ni nadie tenía la menor idea de que sería necesaria una operación para rescatarlo. Nadie podía imaginar la magnitud de la amenaza que se cernía sobre él y sobre todos los judíos de Europa, y siguió siendo así durante buena parte de los años veinte e incluso más allá. Sin embargo, en el caso de Freud, en aquella década también entrarían en su vida casi todos los personajes clave que más tarde aunarían fuerzas con Jones para salvar al fundador del psicoanálisis.»

Anna Freud

«A principios de 1923, otro acontecimiento permitiría que se estrecharan aún más los lazos entre padre e hija: el deterioro de la salud de Freud. Siempre le había preocupado la fortaleza de su corazón, pero el verdadero problema estaba en su mandíbula por culpa de aquellos cigarros a los que se negaba a renunciar. Cuando consultó a Marcus Hajek, un médico al que conocía desde hacía mucho tiempo, sobre un tumor que tenía en la mandíbula derecha y el paladar, Hajek lo atribuyó al tabaco y le dijo que fuera a su clínica para que se lo extirpara. Sería una «operación muy leve», le dijo Hajek, aunque acompañó estas palabras un tanto tranquilizadoras con la afirmación: «Nadie puede esperar vivir eternamente». Es posible que Freud sospechara que no le estaban contando toda la verdad, pero, tras algunas dudas, acudió a la clínica el 20 de abril sin decírselo ni a Martha ni a Anna.»

«Para Anna, la principal recompensa por toda la dedicación a su padre fue que, en palabras del ama de llaves Paula Fichtl, se convirtió en la «legítima princesa heredera».56 Como el cáncer de Freud y las sucesivas operaciones solían confinarlo durante largos periodos a lo que llamaba solo medio en broma «arresto domiciliario», desempeñó este papel a la perfección. Aunque esto incluía brindarle unos cuidados personales que debieron de ser difíciles en muchas ocasiones, sobre todo después de la última cirugía, Anna no tuvo reparos en hacerlo. Todo lo que hacía la mantenía cerca de su padre y de su obra. «No se pueden pedir las uvas pasas sin el bollo que las rodea. Así lo entiendo yo», explicó.»

«A pesar de las preocupaciones de su padre, Anna no estaba condenada a la soledad cuando él muriera. En 1925 apareció una persona nueva con la que mantuvo, según ella, una larga y «preciada relación», primero en Viena y después en Londres. Como esa persona era una mujer, el matrimonio no era una opción. No obstante, a todos los efectos prácticos se convirtieron en una pareja. Freud y la mayoría de los miembros de su círculo estaban convencidos de que Anna no tenía ninguna vida sexual, pero siempre ha persistido la duda de si esta relación podría refutar dicha suposición.

Dorothy Burlingham era cuatro años mayor que Anna, estadounidense y, para los estándares de Viena en los años veinte, inmensamente rica. Era la nieta de Charles Tiffany, el renombrado joyero que fundó Tiffany & Co., y la hija menor de su hijo Louis Comfort Tiffany, el igualmente famoso diseñador de una amplia gama de creaciones de vidrio.»

«En realidad, el papel que Max Schur desempeñó en la década final de Freud no fue en absoluto pequeño. Schur mantuvo a Freud lo suficientemente sano para que llegara a plantearse, aunque a regañadientes, huir de Viena cuando estaba indiscutiblemente en peligro y todavía parecía que merecía la pena vivir. Schur, que reconoció ese peligro mucho antes que su famoso paciente, también retrasaría la huida de su propia familia hasta que la seguridad de Freud estuvo garantizada.»

Encuentro con Albert Einstein

«Otra consecuencia de la creciente fama de Freud era que otras celebridades de la época estaban deseando conocerlo. A finales de 1926, Freud y su esposa Martha viajaron a Berlín para visitar a sus dos hijos y a los familiares que vivían allí, y llegaron justo a tiempo para la Navidad y el Año Nuevo. Era el primer viaje de Freud a Berlín desde que le habían operado de la mandíbula hacía más de tres años. Se quedaron con Ernst, que era arquitecto, y Albert Einstein aprovechó la ocasión para acercarse hasta allí con su esposa antes de que regresaran a Viena el 2 de enero de 1927.»

«Aunque nunca se volverían a ver después de ese encuentro en Berlín, Einstein se dirigió a Freud en el verano de 1932 en busca de ayuda. Con los nazis y otros movimientos radicales de nuevo en ascenso, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones le había pedido que eligiera a otra persona eminente para intercambiar ideas con él sobre el «más imperioso de todos los problemas que la civilización debe enfrentar», según lo expuso en la carta que le envió a Freud. «Este es el problema: ¿hay alguna manera de liberar a la humanidad de la amenaza de la guerra?», añadía.»

Ceguera política

«En la tarde del 10 de mayo, miles de estudiantes participaron en una marcha con antorchas que terminó en una plaza situada frente a la Universidad de Berlín. Allí prendieron fuego a una enorme pila de libros y siguieron añadiendo más ejemplares de autores a los que los nazis odiaban, desde Thomas Mann, Erich Maria Remarque y Lion Feuchtwanger hasta H. G. Wells, Jack London y Helen Keller. Y, naturalmente, Freud también figuraba en esa lista.

El primer impulso de Freud fue restar importancia a estos espectáculos escalofrantes. «¡Qué progresos estamos haciendo! En la Edad Media me habrían quemado a mí; hoy se contentan con quemar mis libros», le dijo a Jones. En palabras de su biógrafo Peter Gay, «debe de ser la ocurrencia menos clarividente que jamás haya dicho».

No obstante, Freud entendía al menos algunas de las implicaciones, en especial para sus allegados que aún vivían en Alemania. Apoyó las decisiones de Eitingon y otros colegas de

irse antes de que el régimen nazi comenzara a limitar la emigración, sobre todo de los judíos. Y también respaldó plenamente la decisión de sus dos hijos de huir de Alemania. En una carta a su sobrino Samuel, que estaba en Mánchester, le informó de que para ellos «la vida en Alemania se había vuelto imposible». Ernst, el arquitecto y diseñador de interiores, se mudó a Londres, mientras que Oliver, el ingeniero civil, fue a Francia.

Alarmados por los acontecimientos que se sucedían en Alemania, varios amigos y colegas de Freud comenzaron a instarle a que emigrara. «En nuestros círculos ya hay mucha inquietud. La gente teme que las extravagancias nacionalistas de Alemania puedan extenderse a nuestro pequeño país. Incluso me han aconsejado que huya de inmediato a Suiza o a Francia», le dijo a Marie Bonaparte en una carta el 16 de marzo de 1933. Pero insistía en que todos esos consejos eran «tonterías». Y añadía: «No creo que exista peligro alguno aquí y, de llegar, estoy firmemente decidido a esperarlo aquí. Si me matan, bueno, es una clase de muerte como otra cualquiera. Pero probablemente solo son bravatas de poca monta.»»

«El quid de la cuestión era que Freud quería creer que podría seguir viviendo en Viena el tiempo que le quedara de vida, sin importar lo que sucediera en Alemania. «No existe ningún peligro personal para mí, y cuando usted dice que la opresión a la que estamos sometidos los judíos nos depara una vida sumamente desagradable, no debe olvidar la incomodidad que supone reasentarse en el extranjero, ya sea en Suiza o en Inglaterra, donde acogen refugiados. En mi opinión la huida solo estaría justificada si existiera una amenaza de muerte directa», le dijo a Ferenczi.»

«El popular escritor judío austriaco **Stefan Zweig**, cuyos libros también fueron arrojados a la hoguera en Berlín, habló con Freud en varias ocasiones de los «horrores del mundo de Hitler». «Como persona estaba profundamente conmovido, pero como pensador no le sorprendía en absoluto aquel escalofriante estallido de bestialidad», recordaba Zweig. Como Freud «negaba la supremacía de la cultura sobre los instintos», el ascenso de los nazis confirmaba horriblemente, «y en verdad no estaba nada orgulloso de ello, su opinión de que la barbarie, el elemental instinto de destrucción, era inextirpable del alma humana».

Freud podía analizar los acontecimientos de esa manera tan desapegada, pero era incapaz de extraer las conclusiones lógicas que suponían para su situación. No era el único, sobre todo en Austria, donde persistía la ilusión de que se podrían mantener a raya los peligros de la barbarie y el instinto de destrucción. «Hoy todos recordamos con poco orgullo la ceguera política de aquellos años y vemos con horror hasta dónde nos ha conducido; quien quisiera explicarlo tendría que acusar, ¡y quién de nosotros tendría derecho a hacerlo!», escribiría Zweig más tarde.»

«No obstante, Zweig también podría haber señalado que su ceguera política no duró tanto como la de Freud. A diferencia de este, no tardó en llegar a la conclusión de que Austria no iba a librarse de los horrores de Hitler y emigró a Inglaterra en 1934.»

La celda austriaca

«El convencimiento de Freud de que podía seguir viviendo y trabajando en Viena se basaba en una premisa: los dirigentes de Austria se habían comprometido a tomar su propio sendero, lo que significaba que iban a salvaguardar la independencia del país sin importar lo que estuviera sucediendo al lado. Hitler había consolidado su poder a una velocidad de vértigo, transformando Alemania en un Estado totalitario consagrado a imponer su doctrina de la pureza racial, y sus escritos y discursos no dejaban duda de que estaba decidido a intentar materializar su grandiosa visión de un nuevo Imperio alemán. Aun así, Freud decidió creer que Austria no iba a ahogarse en la creciente marea nazi.»

«**La preocupación inmediata de Jones, Freud y otros era el peligro que corría su movimiento en Alemania. Aunque la mayoría de los psicoanalistas judíos habían huido del país, todavía quedaban algunos.** En los primeros tiempos del régimen de Hitler seguían siendo miembros de la Sociedad Psicoanalítica Alemana, pero tenían cada vez más dificultades para practicar su profesión.»

Operación Freud

«Aunque todo parecía indicar que Freud estaba dispuesto a admitir la necesidad de abandonar su viejo hogar para poder proseguir con su actividad intelectual en otro lugar, Ernest Jones, el presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, y sus demás colegas extranjeros no estaban para nada convencidos de que hubiera cambiado realmente de opinión o de poder conseguir que lo hiciera. «Sabido lo fuerte que era su rechazo a abandonar Viena y lo a menudo que había expresado en los últimos años su determinación de permanecer en la ciudad hasta el final, no albergaba muchas esperanzas sobre el resultado», recordaba Jones.

Su pesimismo era comprensible. Como señaló Martin Freud, su padre «podría haberse ido de Viena en cualquier momento durante los muchos años seguros antes de que la sombra de Hitler comenzara a oscurecer el alegre cielo de la ciudad, pero no lo hizo, ni tampoco», hasta donde él sabía, «contempló seriamente la idea de emigrar». Tras el *Anschluss*, el desafío de sacar a Freud de Viena era mucho mayor. El primer paso sería convencerlo para que aceptara un plan de este tipo, pero aun así era complicado. Jones comprendió que necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir para superar este primer obstáculo. Necesitaba movilizar a sus tropas.

Mientras Hitler hacía su entrada triunfal en Viena entre vítores de la multitud eufórica, Jones iniciaba una frenética ronda de llamadas telefónicas desde Londres a aquellos colegas que tal vez podrían ayudar. Habló con Dorothy Burlingham, quien, según sus palabras, «para entonces era ya casi un miembro de la familia Freud».13 La heredera estadounidense de la fortuna de los Tiffany residía dos pisos encima del apartamento de Freud en Berggasse 19, donde podía estar cerca de Anna Freud, quien fue su pareja durante el resto de su vida. Burlingham estaba en contacto no solo con Jones, sino también con

Marie Bonaparte en París y, lo más importante, con John Wiley, el hombre de Bullitt en Viena.»

«En vista de la creciente sensación de peligro, Bullitt y Wiley querían asegurarse de que los nazis entendieran que cualquier acto deliberado contra Freud podría ser contraproducente, ya que su caso estaba recibiendo atención al más alto nivel. Bullitt llamó al conde Johannes von Welczeck, el embajador alemán en París, para advertirle de que cualquier maltrato que se infligiera a Freud podría provocar un escándalo internacional.»

«El 17 de marzo se presentó en Viena otro visitante de perfil alto con el fin de apoyar los esfuerzos para proteger a Freud y su familia. Al ser princesa de Grecia y Dinamarca, Marie Bonaparte representaba a la realeza y su apellido era conocido en todas partes; también podía aprovechar su amplia red de relaciones personales y su considerable riqueza para ayudar a la causa. Se alojó en la embajada griega y contactó con diplomáticos de otras delegaciones extranjeras, a los que instó a que la mantuvieran al tanto de cualquier información relevante que pudieran conseguir. Y, sobre todo, sus frecuentes visitas a Berggasse 19 brindaban a Freud, Anna y el resto de la familia un gran apoyo moral, además de una garantía de respaldo económico, y volvían a avisar a las autoridades de que Freud no estaba en absoluto solo.»

«Bonaparte y Bullitt querían ayudar con los pagos que los nazis exigían antes de que Sauerwald firmara los visados de salida; Bullitt estaba dispuesto a aportar 10.000 dólares, una suma enorme en aquel entonces. Sin embargo, como el estadounidense seguía en su puesto de embajador en París, era más fácil que Bonaparte gestionara cualquier transacción que resultara necesaria. Para entonces, los fondos locales de Freud o habían sido confiscados o estaban congelados, mientras que Sauerwald seguía guardando silencio sobre el capital que tenía en el extranjero. Según recordaba Fichtl, «la princesa [Bonaparte] lo pagó todo», aunque Freud insistió en devolvérselo cuando estuvieran a salvo.»

«El 4 de junio Fichtl sirvió a Freud, Martha y Anna su último desayuno en Berggasse 19. Tenían billetes para el *Orient Express*, que partía hacia París aquella tarde. La última petición de Anna durante el desayuno fue que Fichtl sirviera a su padre un vaso de vermut que lo fortaleciera para el viaje. En el último minuto, Max Schur, que se suponía que iba a viajar con su familia en el mismo tren que los Freud para poder controlar a su paciente, no pudo unir-se a ellos al tener que someterse a una apendicectomía de urgencia. Anna le dijo que era demasiado peligroso que su padre esperara y resolvieron que otro médico, Josefina Stross, ocupara su lugar. Schur, que todavía se estaba recuperando de la operación, consiguió salir con su familia el 10 de junio. Según sus propias palabras, «probablemente justo a tiempo.»»

Esta Inglaterra

Los visitantes ilustres seguían llegando. A algunos ya los conocía de antes, como al escritor británico H. G. Wells, que lo había visitado en Viena. El escritor austriaco Stefan Zweig, que

había emigrado a Inglaterra cuatro años antes, también estaba deseando reanudar su amistad. «Durante todos aquellos años, conversar con Freud fue para mí uno de los mayores placeres intelectuales», señaló. Al mismo tiempo, sabía que Freud estaba ya muy mayor y enfermo, y no estaba muy seguro de qué podía esperar. «En mi fuero interno tenía un poco de miedo de encontrarlo amargado o trastornado después de los dolorosos momentos que debía de haber pasado en Viena; todo lo contrario: lo vi más libre y feliz que nunca», recordaba. Y añadía: «Tan pronto como uno entraba en su habitación, quedaba excluida de ella, por decirlo así, la locura del mundo exterior».

Visita de Stefan Zweig y Salvador Dalí

En una visita el 19 de julio, Zweig llevó consigo a Salvador Dalí, el pintor surrealista, que admiraba enormemente a Freud. Mientras Dalí le dibujaba, Freud comentó: «En las pinturas clásicas busco lo subconsciente; en una pintura surrealista, lo consciente». Una vez terminado el boceto, Zweig se dio cuenta de que revelaba una dura realidad de la que no se había percatado en aquel momento: «Nunca me atreví a enseñárselo a Freud porque Dalí, clarividente, había incluido ya la muerte en él».

No obstante, Freud apreció mucho la visita. «Debo agradecerle realmente que haya traído al visitante de ayer, porque hasta ahora yo me había inclinado a considerar a los surrealistas, que al parecer me han adoptado como su santo patrono, como chiflados absolutos (digamos en un 95 %, como ocurre con el alcohol). Este joven español, con sus cándidos ojos fanáticos y su innegable maestría técnica, ha logrado que cambie de opinión», le escribió más tarde a Zweig.

Visita de Virginia y Leonard Woolf

«Durante estas visitas, Freud intentaba que no repararan en su decadencia física, aunque cada vez era más difícil. Pese a todo, seguía siendo una figura imponente. La legendaria pareja literaria formada por Virginia y Leonard Woolf lo vieron solo una vez, el 28 de enero de 1939, después de haberle preguntado si estaría dispuesto a recibirlos. Pertenecían al grupo de escritores y artistas conocido como el Círculo de Bloomsbury. Aunque Virginia era más famosa como escritora, Leonard era el principal responsable de Hogarth Press, la editorial que publicaba las obras de Freud y otros libros sobre psicoanálisis en inglés. Cuando Freud los invitó a su casa, Leonard confesó sentir cierta inquietud.

«Casi todos los hombres famosos son decepcionantes o aburridos, o ambas cosas. Freud no era ni lo uno ni lo otro; tenía un aura no de fama, sino de grandeza», escribió más tarde Leonard. El cáncer de mandíbula le estaba pasando factura y «no fue un encuentro fácil», continuaba Leonard. Sin embargo, Freud era «extraordinariamente cortés de un modo formal a la antigua usanza; por ejemplo, casi ceremoniosamente le regaló una flor a Virginia». A Leonard le parecía que tenía algo de «volcán a medio extinguir, algo sombrío, reprimido, reservado».

Sin embargo, por mucho que Freud estuviera sufriendo físicamente, seguía muy activo desde el punto de vista intelectual. Cuando la conversación derivó inevitablemente hacia Hitler y los nazis, Virginia afirmó que ella y Leonard se sentían algo culpables de que el bando británico hubiera vencido en la primera guerra mundial. Aventuró que tal vez un desenlace diferente habría impedido el ascenso de Hitler, pero Freud discrepó con rotundidad y argumentó que Hitler y los nazis habrían llegado al poder de todos modos y que una victoria alemana solo habría empeorado mucho la situación general.»

«Freud agarró la mano de su médico y le dijo en alemán: «Mi querido Schur, seguro que recuerda nuestra primera conversación. Me prometió entonces que no me abandonaría cuando llegara mi hora. Ahora solo es tortura y ya no tiene ningún sentido.»»

«Schur le aseguró que no había olvidado su promesa y Freud le dio las gracias. También le dijo: «Hable de esto con Anna». Así lo hizo y, a la mañana siguiente, con la aprobación de esta, le inyectó a Freud dos centigramos de morfina que le sumieron en un «sueño tranquilo», según recordaba Schur. Doce horas más tarde le administró una segunda dosis y entró en coma. Murió a las tres de la madrugada del 23 de septiembre de 1939.»

«El calculado realismo de Freud no explica por sí solo su ecuanimidad ante la muerte. El otro factor decisivo fue la devoción de sus salvadores, los hombres y mujeres que hicieron posible que muriera en libertad.»



CRÍTICA

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es